

Cómo "FABRICARON" a

Cuento con "moraleja" y "mensaje" para las aspirantes a estrellas

ESCRIBE LESTER MANN

ESTABA en un bar de Vine Street, en el corazón de Hollywood, con mi amiga Ethel, sorbiendo un Tom Collins y hablando de esas cosas que suelen hablar un periodista como yo y una chica que hace un par de años está buscando inútilmente "su oportunidad" en el cine, como es Ethel. Cuando llegó a Hollywood —creo que de Minnesota—, Ethel era una rubia platinada que usaba generosos escotes, se cosía —no se ponía— unos económicos shorts y tenía la maldita costumbre de despeinarse su larga melena con un rápido gesto que ella creía muy glamoroso y que indefectiblemente conseguía botar el cigarrillo de la persona que estaba cerca de ella. A los seis meses, convencida de que el tipo "glamoroso" no estaba en boga en Hollywood, se transformó en una fiel exponente de la "generación perdida". Se cortó el pelo a un indecoroso mínimo, usó una camisa a cuadros que caía desordenadamente sobre unos blue-jeans que siempre tuvo la impresión de que los ensuciaba a propósito en el garaje de la esquina, y, en el colmo de su personificación de una "beatnick", agregó con femenina coquetería un tenue olorcillo que testimoniaría su amor a la intelectualidad y su consecuente odio al baño. Ahora, Ethel trata de convertirse en estrella, posando de dama distinguida. Usa vestidos sobrios, de tonos oscuros, y lleva joyas falsas. Su pelo se ha convertido en trigoño y su sofisticación la ha llevado a usar una larga boquilla. Pero Ethel está hastiada de tantos cambios. Esa noche, en el pequeño bar de Vine Street, me habla de su cansancio de Hollywood, de la forma cómo se "ha echado a perder la industria cinematográfica". —Industria, eso es —reclama enojada—. Esto es una industria que nada tiene de mágico. La gente sólo trabaja aquí. Ya no es como antes, cuando de la noche a la mañana surgían estrellas, en que los cazadores de talento sabían "descubrir" a una personalidad tras el mostrador de una fuente de soda, en un bus o entre las concurrentes de un bar en Vine Street. Y al decir lo último, Ethel mira con tristeza a su alrededor sin encontrar al "cazador de talentos", que desde hace dos años busca inútilmente.

Como Ethel está en un estado depresivo, decido contarle una historia auténtica, extraña y fascinante, que prueba todo lo contrario de lo que ella dice. Le cuento la forma cómo una famosa estrella de hoy fue literalmente fabricada. Ethel sigue con atención e interés creciente mis palabras, la misma atención y el mismo interés que quisiera despertar en ustedes, amigos lectores de "ECRAN", a quienes también les contaré este moderno cuento de hadas en el que no todo son rosas ni lirios.

VEAMOS

MI cuento principia en 1953. Hace sólo seis años. En Columbia había consternación. La gran estrella de los estudios, la mujer en quien se cifraban las mayores esperanzas de taquilla, había tenido un entredicho con el jefe máximo, y anunciaba que se iría definitivamente; la estrella era Rita Hayworth; el jefe máximo: Harry Cohn.

La ruina o algo parecido se proyectaba sobre los estudios Columbia con esta pérdida. Se revisaron todos los nombres de actrices que podían reemplazar a Rita, y se llegó a la conclusión de que no había ninguna que pudiera llenar el vacío que la estrella dejaba. Fue entonces cuando Harry Cohn dijo una de sus célebres frases:

—¿Así que no tenemos una estrella de quillates? Muy bien. Entonces, fabricaremos una.

POR esa época, una jovencita, nacida en Chicago, hija de un empleado del ferrocarril de Milwaukee, prometía su suerte en Hollywood. Como antecedente tenía un título ganado en uno de los tantos concursos de belleza que se efectúan en Estados Unidos, y cuyo nombre —me imagino— dará más de un dolor de cabeza a mi amable traductor de "ECRAN": Miss Deep Freeze.

(N. del T.: Efectivamente me dio un buen dolor de cabeza. Digamos que el título es "Miss Hielo Profundo", a condición de que los lectores no pregunten por qué una reina de belleza lo es de "hielo profundo"). La jovencita en cuestión tuvo, como tantas

otras, su prueba cinematográfica en la Columbia. La prueba consistía en que ella, parada delante de una chimenea de cartón, miraba a la cámara, avanzaba su busto y decía: "¡Quiero amor!" Cuando Harry Cohn vio la prueba, refunfuñó: "No vocaliza. No entiendo una palabra de lo que dice". (Podrán imaginarse los lectores la reacción del productor si el parlamento hubiera sido más largo). Sin embargo, le ofreció el consabido contrato de cien dólares a la semana. El representante de la aspirante a estrella pidió ciento veinticinco dólares, y Cohn estuvo tentado de mandarlo a cambiar. Sin embargo, aceptó, sin antes rezongar: "No le hallo nada. Es gorda, no vocaliza, no tiene ni siquiera lo poco que Rita Hayworth tenía cuando principió".

Pero "a falta de pan buenas son las tortas", dice el refrán, y en torno a la joven modelo principió a moverse toda la máquina "fabricadora de estrellas" de un estudio hollywoodense. Se principió con el nombre. La joven en cuestión se llamaba Marilyn Pauline Novak. No había lugar en Hollywood para "otra Marilyn". Miss Monroe había copado todas las posibilidades. "Pauline" sonaba a nombre de niña buena y lo que se pretendía fabricar era una estrella plétórica de glamour. Por último, el apellido Novak estaba bien. Era nuevo. Se recordaba fácilmente. Quedó, pues, el apellido, y nació un nuevo nombre: Kim. Ya estaba lista la etiqueta del producto. Ahora faltaba fabricarlo.

¿Qué se pretendía crear? Algo diferente a Marilyn Monroe y a Jayne Mansfield, pero que, sin embargo, cumpliera un objetivo similar. Se decidió que la personalidad de Kim Novak debería tener su acento, específicamente, en la atracción física, pero disimulada a través de una expresión ingenua. Su voz debía ser ronca e insinuante. Donde otras rugían, ella debía maullar. Debía ser mitad mujer de la vida y mitad inocente criatura. Debía tener un dulce atractivo y una virtuosa voluptuosidad. Eso fue lo que el "trust de cerebros" decidió que debía fabricarse. Y la "operación Kim Novak" empezó. Sus dientes fueron enderezados, emparejados, blanqueados y, donde hubo necesidad, reemplazados. Se la puso en una rígida dieta y debió hacer gimnasia diariamente, mientras media docena de profesores se esforzaron por enseñarle actuación. "Por lo que más quieran —gemía Harry Cohn—, enséñenle a hablar. No se entiende nada de lo que dice".

Y vino la campaña publicitaria. Se eligió para ella el color lavanda. Su pelo fue teñido de ese color y se creó la leyenda de que había sido descubierta por un agente de la Columbia, mientras andaba en bicicleta —una bicicleta color lavanda— en Beverly Hills. Se la fotografió en un dormitorio color lavanda, con pijama color lavanda y con una blusa en que tres botones, también color lavanda, estaban desabotonados. En esa fotografía, sin embargo, la ex "Miss Hielo Profundo" mostró su propia iniciativa y talento: se desabotonó un cuarto botón.


Cuando se decidió probar la mercadería ante el público, dándole a la futura estrella un pequeño papel en "La Casa N.º 322", con Fred MacMurray y Dorothy Malone, su nombre y su rostro ya eran familiares a través de una costosa y bien llevada publicidad. Su intervención en ese film trajo consigo un número importante de cartas. Los planes principiaban a dar resultados. Se la siguió probando en películas de poca importancia, como "Cinco Contra la Banca", y el film que protagonizó Judy Holyday, "Fueron Felices". Después de eso, se consideró que era hora de que todo lo invertido en la fabricación de la estrella principiara a reeditar intereses. Había llegado el momento de "lanzar" a Kim Novak. El vehículo para este lanzamiento era "Picnic". Cuando Joshua Logan supo que la principal intérprete femenina de la película era Kim Novak, se resistió. El había dirigido la obra teatral en Broadway, y sabía que el papel tenía que ser realizado por una verdadera actriz. Sin embargo, nada pudo hacer. En la Columbia le contestaron que, o hacía la película con "la estrella color lavanda", o no hacía el film, y se lo daban a otro director. Logan se quedó con la película y demostró cuán buen director era: hizo actuar a "Miss Hielo Profundo".



Recuerdos vividos, proyectos confesados, realidades vertidas a todos nuestros corresponsales localizados en las distintas capitales del cine... De eso se compondrá nuestro NUMERO ESPECIAL DE NAVIDAD, el mejor que hayamos tenido (22 de diciembre. Tapa gruesa. Doble número de páginas. Todo color).

KIM NOVAK

Precio del
ejemplar
en Chile:
\$ 150



Kim Novak se convirtió en una estrella. Harry Cohn, el gerente de la Columbia, había triunfado en su empeño. Sacar de la nada a una actriz de efectiva resonancia en la taquilla. Pero sus dolores de cabeza no terminaron aquí. Kim se convenció de que era una estrella y, lógicamente, necesitaba ganar lo que una lumina-ria. Pidió aumento de sueldo y hubo de concedérselo. Puso en práctica todo lo que había leído desde niña en las revistas cinematográficas acerca de lo que hacían las verdaderas estrellas. Se volvió temperamental, leyó a Freud y en las entrevistas solía poner en evidencia sus mal digeridos conocimientos sobre psicología. Tuvo extraños antojos que fue necesario complacer. Durante la filmación de "Lágrimas de Triunfo" exigió que se contratara a un acordeonista que tocara continuamente "Pobre Mariposa", para inspirarla en su actuación, y anunció que estaba tomando lecciones particulares de arte dramático... ¡porque la Columbia no se preocupaba suficientemente de ella!

TODO esto no importaba mayormente a sus fabricantes. Su "mercadería" se estaba vendiendo bien y las excentricidades que podían derivarse de ella le daban mayor propaganda. La inversión estaba dando grandes dividendos. Sin embargo, hubo un hecho que hizo cundir la alarma entre los "fabricantes" de Kim Novak, y hasta temieron, en un momento, que todo lo in-

vertido se perdiera irremediamente. En las columnas de chismes de los periódicos principió a aparecer la noticia de que había un idilio entre Kim y Sammie Davies Jr., el reputado cantante de color. El rumor tomó cuerpo y hasta se habló de boda. Harry Cohn y sus asesores temblaron. No se trataba de prejuicio racial ni nada parecido, pero era un hecho que un matrimonio entre la beldad rubia y el cantante negro repercutiría perjudicialmente en un sector importante del público. Y había demasiado dinero invertido en Kim Novak como para permitirse el lujo de que flaqueara su popularidad por fruslerías sentimentales. Fue entonces cuando la ex "Miss Hielo Profundo" se dio cuenta de que no era totalmente libre y que Kim Novak no sólo era el nombre de una mujer sino, también, el de una marca comercial, donde había mucho dinero invertido. Nadie sabe a ciencia cierta qué sucedió y, al respecto, en Hollywood se tejen los más inverosímiles comentarios. Pero el hecho fue de que, de la noche a la mañana, Sammie Davis Jr. anunció su matrimonio con una cantante de color. Según algunos, ese matrimonio se celebró con una pistola apuntando las costillas del cantante negro y algo de esto debe haber habido, ya que a los recién casados se les vio raramente juntos, y seis meses después se llevaba a efecto el divorcio. El dinero invertido en Kim Novak estaba salvado. Después vinieron otros idilios. El escándalo que se produjo cuando se revelaron los regalos recibidos por Kim de parte del hijo del dictador Trujillo no hizo mella en su popularidad. La estrella, ahora, que ha conseguido lo que anhelosamente buscaba cuando trataba de encontrar una oportunidad en el cine, pero, también, ha aprendido que la mitad de su alma ya no le pertenece.

TERMINE de contar la historia de Kim Novak a mi amiga Ethel, con la convicción de que la moraleja estaba bien clara: "Las más de las veces, alcanzar el estrellato en Hollywood significa lo mismo que en la Edad Media implicaba vender su alma al diablo". Y de esta moraleja se desprendía un mensaje directo para mi amiga: "Ethel querida, vuélvete a Minnesota, cástate con un buen muchacho y dedica tus tardes a mirar televisión mientras esperas la hora para la papa de tu bebé". Pero ni la moraleja ni el mensaje llegaron al obcecado cerebro de Ethel. Terminó de sorber su Tom Collins y, como todo comentario, dijo: "Si me "fabricaran" a mí, no tendrían necesidad de enderezarme los dientes. Mi dentista ya hizo ese trabajo. Y, sonriendo, mostró su dentadura perfecta a un tipo cariacon-ticido que bebía en la mesa del lado, pensando, tal vez, que era un... ¡cazador de talentos!

L. M.

